

Michael J. Kruger, *Christianity at the Crossroads. How the Second Century Shaped the Future of the Church*, SPCK, London 2017, xi+256 p.

Comparado con el siglo I, que ha sido ampliamente estudiado como cuna del cristianismo y de sus escritos fundacionales, y con los siglos III y IV, que han atraído a los interesados en la patrística, el siglo II ha recibido escasa atención entre los estudiosos. Y, sin embargo, se trata de un periodo crucial para la definición del cristianismo y para su configuración posterior. Es, además, un periodo del que los cristianos podemos aprender hoy algunas interesantes lecciones.

El presente libro pertenece a un grupo de publicaciones recientes que tratan de remediar este desconocimiento o falta de interés por un siglo tan crucial. Sin embargo, a diferencia de otros trabajos más especializados, este declara abiertamente su intención de ofrecer una visión de conjunto, sabiendo que muchas de las cuestiones que va a tratar quedarán apenas esbozadas. Es, por tanto, una introducción, es decir, una obra de proporciones reducidas, que pretende guiar a sus lectores para que se hagan una idea de lo que supuso aquella centuria crucial.

Tras una introducción breve en la que explica por qué es importante conocer este siglo y cuáles son las cuestiones que plantea su estudio, el libro se despliega en siete capítulos que van desgranando dichas cuestiones. En el primero muestra cómo la fisonomía del cristianismo fue cambiando, debido sobre todo al distanciamiento de sus raíces judías y a la incorporación de un buen número de no judíos de diferente condición social. El segundo capítulo describe cómo estos grupos cristianos comenzaron a hacerse visibles en el mundo del imperio y, debido a sus peculiares creencias y prácticas, se encontraron con diversas formas de rechazo y tuvieron que defenderse y dar razón de su fe. El capítulo tercero se centra en la vida interna de los grupos cristianos y analiza dos de los ejes que la articulaban: el liderazgo de sus ministros y el culto que tenía lugar durante la reunión semanal en las casas. El capítulo cuarto y el quinto ofrecen dos enfoques complementarios de la realidad eclesial en su conjunto durante este siglo. El primero de ellos se fija

en la pluralidad de grupos y tendencias que configuraban entonces el movimiento cristiano, ofreciendo claves para situarlos. El segundo, sin embargo, subraya la unidad, es decir, la existencia de unas creencias compartidas (regla de fe) y de una estructura eclesial que configuraba lo que el pagano Celso llamó la «gran iglesia». Los dos últimos capítulos están también relacionados, pues ambos subrayan la importancia de los libros en el cristianismo de aquel siglo. El primero, que es el sexto del libro, presenta un panorama de la variada literatura que produjeron aquellos primeros cristianos, signo de un esfuerzo intelectual que hizo que el cristianismo fuera visto como una filosofía. El séptimo y último capítulo está dedicado a mostrar cómo el siglo segundo fue clave para la formación del canon del Nuevo Testamento. La exposición termina con una breve conclusión, en la que se resumen las tesis presentadas en los diversos capítulos y se esbozan algunas reflexiones sobre las enseñanzas que los cristianos de hoy podemos extraer de aquella época en que el cristianismo no tenía una posición dominante en la sociedad. Como complementos, el libro incluye al final una amplia selección de la bibliografía citada y tres índices: de citas, de autores y de materias, que resultan muy útiles para la consulta.

Son varios los méritos de esta obra y no es el menor de ellos la habilidad para ofrecer una visión del conjunto de este fascinante siglo que está siendo cada vez más estudiado. La presentación que el autor hace en los diversos capítulos de algunos temas cruciales le permite al lector hacerse una idea de la peculiaridad y de la relevancia de este periodo intersticial entre el momento fundacional del cristianismo y su maduración en los siglos posteriores. Los temas se plantean con vivacidad y se resuelven con una discusión bien fundada, que se acompaña con pertinentes referencias bibliográficas a pie de página. El autor ha tenido, además, el acierto de ilustrar las diversas cuestiones citando textos breves pero muy representativos de los autores de aquella época. El lector se encuentra así, con frecuencia, con buenas síntesis de cuestiones complejas como la separación del judaísmo (12-23), la evolución del ministerio (76-85), o la relación entre oralidad y escritura (169-174), por citar solo algunos ejemplos.

A pesar del carácter introductorio de la obra y de su intención de presentar una visión panorámica, el autor no renuncia a entrar en temas discutidos. El libro cuestiona, de hecho, algunas tesis bastante difundidas, ofreciendo una visión alternativa de aspectos cruciales. Cuestiona, por ejemplo, la idea de que el cristianismo del siglo segundo fuera una religión de ignorantes y crédulos de clase baja, mostrando que, de hecho, fue percibida como una filosofía. Cuestiona también la importancia que ciertos estudios han dado a

la oralidad como forma fundamental de comunicación, subrayando la importancia de los libros y la amplitud de la literatura producida por los cristianos de aquella época. Pero, sobre todo, cuestiona la idea de que el cristianismo era entonces un conjunto poco orgánico de grupos muy diversos. El autor discute esta tesis, que fue propuesta el siglo pasado por Walter Bauer y ha sido asumida por los estudiosos de los orígenes cristianos. Es cierto –reconoce– que existió esta pluralidad, pero no es menos cierto que la mayoría de los grupos cristianos compartían una serie de rasgos, entre ellos una misma regla de fe, que permiten hablar de la gran iglesia. Aunque la argumentación de esta tesis tiene algunas debilidades, como por ejemplo el hecho de considerar solo los escritos paulinos a la hora de mostrar que ya en el siglo primero existía la regla de fe (158-159), el capítulo dedicado a la unidad de la iglesia en el siglo II plantea una reflexión oportuna sobre una cuestión fundamental.

Un libro como este, que tiene la valentía de abordar un tema tan amplio, puede ser criticado por sus carencias, aunque estas sean inevitables. En este sentido, el tratamiento de la vida interna de las comunidades, a las que solo se dedica un capítulo, el tercero, habría merecido tal vez un mayor espacio. Al inicio de capítulo se subraya la importancia de este aspecto, cuando se afirma que el principal compromiso de las comunidades fue su reunión semanal (75). La estructuración del ministerio y esta reunión semanal para el culto fueron los verdaderos pilares de los grupos cristianos. Sin embargo, no se puede olvidar que esta reunión semanal alimentaba también una nueva forma de vida, un compromiso ético que se manifestaba luego en la vida cotidiana. El autor subraya con razón la importancia que tuvieron la enseñanza y el culto en la vida de aquellos cristianos, pero habría que subrayar igualmente la relevancia de la nueva forma de vida que adoptaron los cristianos y su impacto en la difusión del cristianismo. Este tema habría merecido un capítulo que complementara lo dicho en el capítulo tercero sobre la vida interna de las comunidades.

Hay, finalmente, algunas cuestiones puntuales que merecerían alguna matización. Enuncio sumariamente algunas de ellas. En la discusión sobre las comidas en común habría merecido la pena incorporar los resultados de los estudios recientes sobre la eucaristía en aquella época (102-104). El argumento de que los escritos del siglo primero que han llegado hasta nosotros reflejan la regla de fe que compartía la mayoría de las iglesias en el siglo segundo (151-153) tiene un cierto carácter circular, pues fueron esas mismas iglesias las que seleccionaron y transmitieron dichos escritos. En la definición del canon (204-206), sería esclarecedor distinguir entre lo que significa reconocer un escrito como escritura (este libro tiene

autoridad divina) y el hecho de definir un canon (estos y solo estos escritos contienen la revelación divina), tal como se hace hoy en el estudio comparado de las religiones. En este mismo contexto, el hecho de que Justino no cite las cartas de Pablo responde a una problemática más compleja de lo que el autor quiere reconocer (216): la discusión sobre el legado de Pablo, de la cual no se dice nada en el libro.

Independientemente de observaciones, hay que reconocer que se trata de un libro valiente y muy necesario, en el que el autor ofrece una visión panorámica acerca de un siglo clave en la historia del cristianismo naciente, sin hurtarle al lector su propio punto de vista. Es una obra comprometida, en la que afloran las preocupaciones y los puntos de vista de su autor. Pero es, al mismo tiempo, una presentación rigurosa, con buenas síntesis, acertadas observaciones y sugerentes propuestas. Una lectura recomendable para todos aquellos que quieran introducirse en la problemática de un siglo en el que el cristianismo tuvo que tomar decisiones que serían decisivas para su historia posterior.

Santiago Guijarro

Biblia Bilingüe. Tomo II. Nuevo Testamento griego-español, Verbo Divino, Estella 2020, 1616 p.

Este primer volumen (Tomo II. Nuevo Testamento) –que tendrá continuidad con la publicación de otros dos volúmenes dedicados al Antiguo Testamento (Tomo I, Vols. 1 y 2)–, publicado por la editorial Verbo Divino, es una edición bilingüe griego-español de los textos originales del griego del *Novum Testamentum Graece* (Nestle-Aland, NA28) y la traducción al español de Manuel Iglesias González, acompañada por un aparato de notas explicativas de Joan Ferrer Costa y Juan-Pedro Monferrer-Sala.

Preparada por Joseluís Albares, Joan Ferrer, Juan Antonio Mayoral y Juan-Pedro Monferrer, esta díglota edición da respuesta a una indudable necesidad para el estudio y la enseñanza del Nuevo Testamento en lengua española: disponer de una edición que contiene, enfrentados, el texto original más reconocido y aceptado del Nuevo Testamento, y además en su última edición, la vigésimo octava, junto con una traducción literal del original, llevada a cabo por Manuel Iglesias. Esta es la realizada ya en 2002 y reeditada en 2017, que a su vez era una profunda revisión de la *Sagrada Biblia* de F. Cantera – M. Iglesias, BAC 1975.

Salmanticensis 68 (2021)

Aunque de un lado son varias las ediciones de que disponemos del texto griego y, de otro, un sinfín de traducciones del Nuevo Testamento al español, aquí se conjugan dos estupendas opciones: el texto y aparato crítico de Nestle-Aland y la versión más literal del original griego que poseemos en español, la vertida por el jesuita Manuel Iglesias, imprescindible como ayuda para un estudiante que se enfrenta a la lengua griega por primera vez.

A esto ayuda igualmente la disposición del texto, extraordinaria: el tipo de letra, el tamaño, la división con los títulos de las perícopas, las notas aclaratorias que acompañan el texto español –remitiendo especialmente a aclaraciones de perfil filológico–, hacen de todo ello un utensilio sin duda recomendable, no solo para el que se inicia en el estudio del griego neotestamentario, sino también para el investigador en cualquier ámbito de la exégesis bíblica. El aparato crítico que aporta, procedente de E. Nestle y K. Aland, es el más completo de que disponemos.

Asimismo, la obra contiene notas en los márgenes externos e internos del texto griego. El aparato en los márgenes externos se refiere a paralelos y expresiones similares en el resto del Nuevo Testamento, así como citas y alusiones al Antiguo Testamento. En los márgenes internos aparecen números en cursiva (1 2 3 4 etc.) que representan la división en capítulos más ampliamente utilizada por los manuscritos. También, en los Evangelios, se apuntan los números “Eusebianos” de *sección* y *canon*. (1/III o 2/X etc.)

No obstante, la edición no recoge los cuatro Apéndices de la 28^a edición: I. *Codices Graeci et Latini*; II. *Variae lectiones minores*; III. *Loci citati vel allegati* y IV. *Signa et Abbreviationes*. Tampoco presenta la Carta de Eusebio a Carpiano (*Eusebii epistula ad Carpianum*), en que explica el sistema de los números, ni las tablas de los Cánones de Eusebio (*Canones I-IX*). Quizá ya el volumen de la obra se sobrepasaba o los editores han considerado que no requería su inserción teniendo en cuenta que son documentos que se pueden consultar en otras ediciones del *Novum Testamentum Graece*.

En cualquier caso, reiteramos nuestra enhorabuena a la editorial Verbo Divino por su esfuerzo en ofrecer y promover el conocimiento y la enseñanza de las lenguas bíblicas, con este volumen y con los dos próximos, que formarán, sin duda, una Colección de la Biblia Bilingüe esencial para todo el que quiera enfrentarse a las lenguas originales de las Sagradas Escrituras.

Inmaculada Delgado Jara

Ianire Angulo Ordorika, “¿No habéis leído esta Escritura?” (Mc 12,10). *El trasfondo veterotestamentario como clave hermenéutica de Mc 12,1-12* (Analecta Bíblica, 226) Gregorian & Biblical Press, Roma 2019, 392 p.

Esta obra es una tesis doctoral, defendida en la Universidad de Comillas, sobre una parábola que ocupa un lugar clave en el relato de los sinópticos y que ha sido estudiada con diversas metodologías. La obra que reseñamos es una investigación sincrónica, con alguna alusión diacrónica, minuciosa, bien elaborada, que pretende responder a lo que parece, en palabras de la autora, un abismo semántico entre la parábola (Mc 12,1-9) y la cita del Salmo 118,22-23 (Mc 12,10-11). Defiende que leída a la luz del trasfondo veterotestamentario y de la literatura judía intertestamental con atención especial a los Manuscritos del Mar Muerto, se descubre una profunda unidad.

El primer capítulo se dedica a la crítica textual y al estudio redaccional. También presenta el contexto de la perícopa (11,1 – 12,44) y el lugar central que ocupa la parábola de los viñadores homicidas.

El segundo capítulo se titula “Entretejiendo Marcos con hilos veterotestamentarios”. Expone los datos y las formas de citar el AT en los tres Sinópticos. Mc, con gran frecuencia, inserta textos del AT sin decirlo explícitamente. Es notable que, en tres ocasiones, los textos del AT vienen introducidos en Mc con una pregunta retórica que realza la autoridad de Jesús y el carácter polémico frente a las autoridades judías (11,17; 12, 10-11. 26). En la segunda parte de este capítulo estudia los textos del bautismo y de las tentaciones, y el de la transfiguración para ver cómo se usa el AT y las tradiciones judías. Son textos bisagras, uno al inicio del relato y el otro en el medio. En ambos Jesús es el hijo amado/*agapetos*, como en Mc 12,6. En el bautismo hay referencias al Sal 2, a Is 42 y a Gen 22 (tema de la *Aqedah*). Con profusión de referencias a Qumrán y a otros textos judíos, muestra que en el episodio de las tentaciones se restablecen las relaciones armoniosas del ser humano con la naturaleza y con los animales del campo, llega el tiempo nuevo. El estudio de la transfiguración es más complejo porque las referencias a textos judíos son menos claras. Está presente la tipología del ascenso al Sinaí de Moisés, que en la tradición judía se consideraba que había sido entronizado como rey y que también se relacionaba con Adán. En un monte que no es Sión, desciende la nube protectora de Yahvé llenándole de gloria: Jesús es el Sumo Sacerdote del Nuevo Templo escatológico como rey davídico, como profeta autorizado y como hijo amado que se entrega voluntariamente a la muerte.

Los capítulos siguientes entran en el estudio directo de la parábola y proceden a descubrir los hilos veterotestamentarios y judíos que recorren las imágenes de la viña, el hijo y la piedra para hacer ver que la cita sálmica es la clave hermenéutica de la parábola que precede. En torno a estos elementos las relaciones intertextuales que se establecen en la tradición judía son tantos y tan variados que mi presentación resulta necesariamente simplificadora. El capítulo tercero se titula “Un hombre plantó una viña” y muestra cómo Mc está inmerso en un mundo cultural en el que la viña y la acción de plantar tiene una riqueza simbólica muy rica. El cuarto capítulo tiene como título “Todavía tenía un hijo amado”. Comienza estudiando la identidad del hijo amado, expresión especialmente importante en Mc (1,11; 9,7; 12,6). La palabra *amado* atrae el tema de la *Aqedah* (Gen 22,2. 12. 16) con el papel activo de Isaac de ir al sacrificio tal como lo presenta el *Tg Neofiti* y, al parecer, también 4Q 225. La *Aqedah* es el paradigma del sacrificio ritual y se relaciona con la Pascua. Gen 22 se sitúa en el monte Moria, que es el lugar donde se edifica el Templo según el Cronista (2Cr 3,1). Esta identificación contribuye a que Isaac se considere prototipo del holocausto y un padre del sacerdocio. La decisión de matar al enviado reenvía a la historia de José y sus hermanos (“Vamos, matémosle”: Gen 37,20 y Mc 12,7). Estudia la figura de José basándose en el AT, en Qumrán y en los Testamentos de los Patriarcas, a pesar del problema de datación de estos últimos textos. José es el hijo amado de Jacob; el justo sufriente al que Yahvé reivindica (Sab 10,13-14; Test Jos 1,3-6); es el mediador de la salvación de su familia (Gen 45,6). Tras la presentación de esta doble tipología de Isaac y de José, la segunda parte del capítulo estudia un esquema teológico que se repite en la Biblia y en el judaísmo: envío – rechazo. En algunos ambientes judíos –la autora recurre sobre todo a Qumrán– existía la conciencia de estar en los últimos tiempos. El hecho de que el enviado sea el hijo se explica perfectamente en ese ambiente. Se remite al *Abba* de Jesús y al importante texto de 4Q246 II,1-7. Pero se frustran las expectativas y también el hijo es rechazado, lo que es una constante en la tradición bíblica. Los malvados ejercen violencia contra el inocente para quedarse con lo que no es suyo. Los labradores de la parábola reproducen esta dinámica y rechazan al hijo amado y heredero.

El capítulo V, “En piedra angular se ha convertido (Mc 2,10)”, es el decisivo de la obra y reviste una especial complejidad. Tiene tres partes. La primera, titulada “La piedra es el hijo y el hijo es el templo”, bucea en los significados del Templo en el judaísmo, en cómo evoluciona, y traslada estos conocimientos a la comprensión del Evangelio de Marcos. Existe una contraposición entre la piedra rechazada (identificada con el hijo) en Mc 12,10 y las piedras del

Templo de Mc 13, tan deslumbrantes, pero que serán destruidas. La autora muestra la relación entre el imaginario del construir y del engendrar. En la profecía de 1Sam 7 se habla de «construir un linaje». Son sus piedras, consideradas como sus hijos, los que construyen la ciudad. Basándose en Rut 4,11b-12, la autora afirma que «Israel se entiende a sí mismo como una ‘casa’ cuyo material arquitectónico son los miembros de la comunidad y que se fundamenta sobre las matriarcas que les dieron a luz». En Mc 12 la construcción que está en juego es el Templo por el lugar en que está situado el texto y por la importancia del tema en el judaísmo y en el Evangelio de Mc. I. Angulo, con una cierta audacia, descubre un paralelismo entre la tradición judía y el relato marcano. En el judaísmo, la creación y el Edén son presentados como el Santuario primordial; después existe un Templo móvil, la tienda del desierto (Ex 40); posteriormente el Templo de Jerusalén, reconstruido tras el exilio, pero que tuvo a un sector judío en contra, sobre todo tras la imposición por los asmoneos de un Sumo Sacerdote. Esto dio pie a la expectativa de un Templo escatológico, que había de ser edificado por Dios. El Evangelio de Mc comienza con el bautismo y las tentaciones de Jesús (1,9-13), que remontan a la situación edénica del pueblo. Posteriormente Jesús asume el papel de Moisés y la gloria de la transfiguración (9,2-8) es una señal del Santuario que camina por el desierto. En un tercer paso, Jesús, como hijo de David, entra en Jerusalén (11,1-11), la ciudad que se identifica con el Templo. La expectativa del Templo escatológico edificado por Dios se cumple en el cuerpo del Resucitado. Había precedido la polémica con el templo «hecho por manos humanas» (*jeiropoiotos*: equivale a idólatrico). Jesús es presentado con los rasgos sacerdotales y monárquicos de Adán y David, pero sobre todo es «el hijo ‘amado’, el definitivo Templo que Dios erige tras la Pascua» (p. 273).

Reconozco que es posible que no haya captado la argumentación de la autora, realmente compleja con el manejo de tradiciones muy dispares, pero encuentro algunas objeciones a lo que en este apartado se afirma. El paralelismo entre Templo edénico, Tabernáculo y Templo de Jerusalén en el AT con la situación edénica al inicio de Mc (bautismo y tentaciones de Jesús), Transfiguración, entrada en Jerusalén/Templo, no me parece convincente. Pienso, con varios autores actuales, que Mc se opone a que Jesús sea hijo de David. Mc 12,10-11 hay que relacionarlo con 11,9 (aclamación que Mc considera equivocada) y con 12,35-37, texto clave que la autora no considera. También me parece muy cuestionable la identificación del Templo definitivo, el «no construido por manos humanas» con el cuerpo del Resucitado. Esto es teología joánica (Jn 2,21), pero en Mc

ese nuevo Templo se identifica con la comunidad cristiana, como en varios lugares del NT.

El segundo apartado del quinto capítulo se titula «Piedra desechada por los constructores». Los constructores son los maestros de la Ley. Se ha presentado ya la contraposición de la piedra de 12,10-11 con las de 13,2. El total derrumbamiento de esas piedras deslumbrantes habla del destino del Templo, que será destruido. Es una irónica contraposición con la piedra/hijo desechada, que se erigirá como piedra angular/Resucitado de un Santuario «no hecho por manos humanas». En Mc Jesús tiene palabras muy duras contra el Templo (11,17), pero el texto clave es Is 8,14 en que explícitamente se dice que «el Santuario será 'piedra de tropiezo' para las dos casas de Israel». El hijo amado también se puede convertir en piedra de tropiezo para quienes no le acojan. La autora subraya lo perfectamente engastada que está en la parábola la cita del Sal 118,22-23.

El tercer apartado del capítulo quinto se titula «Piedra convertida en angular». Estudia la obra de Dios, que convierte en angular la piedra que había sido rechazada por los constructores. Comienza rastreando las referencias a la piedra angular en el AT, que remiten al fundamento sobre el que Dios ha edificado el mundo. Se estudia Isaías 28,16 (Yahvé pone una piedra angular en Sión) que, a su vez, guarda relación con Is 8,14 (piedra de tropiezo). De modo que la piedra angular se va interpretando en el judaísmo en clave judicial.

Por otra parte, la piedra desechada/exaltada del Sal 118 se fue reinterpretando en el judaísmo y se vio en ella a Abrahán, a José, al Siervo de Yahvé, pero sobre todo a David. El hijo pequeño, el tenido por menos, pero elegido por Dios como rey (1Sam 16). La datación de esta interpretación se discute, pero la autora, con buenas razones, piensa que es precristiana. La acción divina en esta piedra angular es la base del Nuevo Templo y de la Nueva Creación de las expectativas escatológicas judías. Al mismo tiempo, la piedra angular ejerce una función judicial. Si interpreto bien, I. Angulo da un paso más y afirma que la presencia del esquema desprecio humano / aprecio divino y la identificación davídica de la piedra hace que no haya que ver en la parábola «una interpretación pascual de los acontecimientos» y «resultaría coherente con las referencias al monarca que atraviesan Marcos y que culminan con la rotunda afirmación del Galileo de que Él es el rey de los judíos (cf. Mc 15,2)» (p.303). No se dice explícitamente, pero creo que se da a entender que la parábola y la cita del salmo pueden ser perfectamente prepascuales si se atiende a su trasfondo veterotestamentario. Pienso que la argumentación falla porque la supuesta referencia a David de 12,10-11, en lógica exegética, como antes he mencionado, debe relacionarse con 11,9 (cita del Sal 118) y con 12,35-37 (cita del Sal 110), donde se niega

la descendencia davídica del Mesías. Es decir, Mc rechaza la identificación de Jesús con el Mesías monarca davídico.

El VI y último capítulo presenta algunas conclusiones de la investigación. La cuestión inicial sobre la relación –para muchos, la discordancia– entre la cita inicial de la viña de Is 5 y la final de la piedra desechada/angular del Sal 118 queda satisfactoriamente resuelta a la luz del trasfondo judío y veterotestamentario. Hay otra conclusión importante, que considero menos sostenible: el puente trazado entre el relato de Mc y el esquema narrativo que atraviesa el AT. La autora hace aportaciones valiosas en su investigación sobre las tradiciones judías y del AT, pero su análisis del relato evangélico de Marcos no me parece convincente. Finalmente quiero subrayar que es una investigación muy seria, bien ordenada, basada en fuentes muy complejas y con un gran conocimiento de la literatura secundaria.

Rafael Aguirre

John Henry Newman, *Los arrianos del siglo IV*. Traducción de Josep Vives y Ana Rodríguez Laiz. Edición y presentación a cargo de Ana Rodríguez Laiz, Ediciones Encuentro y Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid 2020, 441 pp.

El trabajo que aquí se presenta recoge la traducción española de la primera obra de envergadura escrita por John Henry Newman: *Los arrianos del siglo IV*. Publicada en 1832, en ella aborda los antecedentes, génesis y desarrollo de la herejía arriana, la primera gran crisis cristiana después de las persecuciones.

La traducción ha sido realizada a partir de la tercera edición inglesa, que fue la que Newman consideró definitiva. Está precedida de una introducción general que permite situar este libro en el contexto intelectual del autor, y de una nota a la edición española.

La obra se compone de cinco capítulos. El primero de ellos lleva por título: *Escuelas y facciones en la Iglesia y en su entorno antes de Nicea, en relación con la herejía arriana*. A lo largo del mismo, Newman desarrolla una de sus intuiciones más originales: el hecho de que la herejía arriana, contrariamente a lo que afirman la mayoría de los investigadores, tuvo su origen en la Iglesia de Antioquía, no en la de Alejandría. Para ello, presenta en cinco apartados aspectos precedentes a la irrupción de dicha herejía en relación con: a) La

Iglesia de Antioquía; b) Las escuelas de los sofistas; c) La Iglesia de Alejandría; d) La secta ecléctica; y e) El sabelianismo.

En el segundo capítulo, *La enseñanza de la Iglesia anterior a Nicea en relación con la herejía arriana*, el autor profundiza en el proceso y las circunstancias que desencadenaron la formulación del credo cristiano. Teniendo en cuenta el contexto histórico del cristianismo en el siglo IV antes de la celebración del Concilio de Nicea y las discusiones teológicas que le precedieron, aborda los siguientes apartados: a) El principio por el que se forman y se imponen los credos; b) La doctrina de la Trinidad en la Escritura; c) La doctrina eclesiástica de la Trinidad; d) Variaciones en las afirmaciones teológicas anteriores a Nicea; e) La herejía arriana.

El capítulo tercero, por su parte, corresponde propiamente al análisis del concilio de Nicea, que es abordado en dos apartados: la historia del mismo y sus consecuencias.

A continuación, en un capítulo que lleva por título: *Los concilios del reinado de Constancio*, Newman dirige su atención a los diferentes grupos cristianos que emergieron posteriormente y a las confrontaciones que se dieron entre ellos. El surgimiento de distintas facciones en la Iglesia, así como el apoyo ejercido por el emperador Constancio a uno u otro bando, es tratado en cuatro apartados: a) Los eusebianos; b) Los semiarrianos; c) Los atanasianos; d) Los anomeos.

Finalmente, consideró Newman necesario analizar en un último capítulo algunos de los concilios posteriores a la muerte de Constancio y las consecuencias de los mismos. Dedicó de este modo un apartado al Concilio de Alejandría en tiempos del emperador Juliano y otro al concilio ecuménico de Constantinopla en el reinado de Teodosio. Por último, expone el credo original de Nicea tal como lo recoge Sócrates en su *Historia Eclesiástica*.

La obra se cierra con una tabla cronológica en la que se incluyen las personas y acontecimientos mencionados en los capítulos anteriores. Como apéndice se añaden siete notas donde se desarrollan con mayor amplitud conceptos o datos históricos que en la obra han sido citados con mayor brevedad: 1) La escuela teológica siria; 2) La doctrina de la generación divina según los Padres primitivos; 3) Las confesiones de Sirmio; 4) Los términos *ousía* e *hipóstasis* y su uso en la Iglesia; 5) La ortodoxia del cuerpo de los fieles durante la supremacía del arrianismo; y 6) Cronología de los Concilios. La nota 7 contiene una referencia a las omisiones en la tercera edición.

En el origen del libro *Los arrianos del siglo IV* se encuentra la propuesta que el editor Hugo James Rose realizó a Newman para

que elaborara una historia de los concilios que formara parte de una nueva colección de estudios teológicos. El resultado, no obstante, fue diferente a lo que le habían pedido. Newman se enfrascó de tal manera en el estudio, que captó toda su atención la evolución del grupo arriano y la actividad de san Atanasio, a lo cual dedica la mayor parte del libro. El concilio de Nicea, en el que quería en un principio centrarse de manera especial, ni siquiera fue tratado de forma amplia. Tal como señala en la correspondencia que mantiene con el editor durante esta época, para Newman era importante contextualizar históricamente los concilios y no solo analizarlos considerando el resultado final de los mismos. De ahí su interés por mostrar los procesos que condujeron a su convocatoria y por subrayar, asimismo, las consecuencias de su celebración.

A pesar de este interés histórico, se trata no obstante de una obra que tiene un enorme carácter teológico y de la que se sirve para engarzar los datos históricos con su propia reflexión. Destaca el hecho de que busca en diferentes momentos establecer un paralelismo entre la Iglesia del siglo IV y la suya propia, la Iglesia Anglicana de mediados del XIX, cuya *liberalización* deseaba evitar. Establece así, por ejemplo, analogías entre Eusebio de Nicomedia y el Partido Reformista, o designa al Eclecticismo como Neologismo o Liberalismo. Por otro lado, la obra es una muestra indiscutible del gran conocimiento que Newman poseía de los escritos de los Padres de la Iglesia y también del manejo de los historiadores antiguos, en los cuales basa gran parte de sus afirmaciones y datos.

Se recomienda su lectura porque se trata de la obra más importante para conocer el período inicial de la evolución del pensamiento de su autor. Nos permite adentrarnos en profundas ideas e intuiciones que se muestran aquí de manera inicial, pero que desarrollará más tarde en otros libros correspondientes a etapas posteriores de mayor madurez intelectual y espiritual.

Inmaculada Delgado Jara

Pedro Cabello Morales, *Arqueología bíblica. Los textos bíblicos a la luz de los hallazgos arqueológicos*, Almuzara, Córdoba 2019, 542 p.

El estudio de la arqueología de aquellos territorios y pueblos relacionados con el mundo bíblico es fundamental para un buen conocimiento de su historia y para la comprensión de la Biblia y de su literatura afín. Las relaciones entre arqueólogos y biblistas han

Salmanticensis 68 (2021)

experimentado una evolución importante en las últimas décadas que va desde el conflicto abierto hasta el trabajo compartido. Ello ha permitido, sin duda un avance en ambas disciplinas.

El biblista y sacerdote español Pedro Cabello, profesor en el estudio Teológico san Pelagio de Córdoba, continúa la estela de otros como Joaquín González Echegaray en la difusión del conocimiento de la arqueología de Palestina. Con la publicación de la monografía *Arqueología bíblica. Los textos bíblicos a la luz de los hallazgos arqueológicos* por la editorial Almuzara, da a conocer al público en general el estado del actual de la arqueología del territorio cananeo del tiempo bíblico teniendo como prisma los textos bíblicos.

A diferencia de otras obras de editoriales más especializadas la suya nace con vocación de ser una obra de divulgación, pudiendo encontrarla, por ejemplo, en una biblioteca pública o en una librería generalista. El estudio responde al enorme interés que suscitan en el lector actual cuestiones sobre la veracidad o historicidad de los relatos bíblicos, especialmente del Antiguo Testamento (prueba de ello es el hecho de que haya sido publicado en mayo de 2019 y reimpresso en marzo de 2020). La arqueología se presenta para parte de dichos lectores como una disciplina en la que *a priori* no cabe la sospecha de “sesgo religioso” y aparece, por tanto, como una ciencia de lo “real” y rigurosa que puede dar respuesta a todos los interrogantes del pasado de la Biblia. El autor se encargará de mostrar tanto el rigor de la arqueología como de los estudios bíblicos y los presupuestos ideológicos y contextuales sobre los que ambas se asientan y evolucionan a lo largo del tiempo.

La obra está dividida en dos partes. La primera titulada “Arqueología y Biblia, un poco más cerca. Naturaleza y límites”, aborda en cuatro capítulos elementos básicos sobre la naturaleza de la arqueología bíblica, su desarrollo y las técnicas de excavación. También aporta los elementos clave de la relación entre Biblia y Arqueología desde una adecuada comprensión de ambas ciencias, pero especialmente desde la naturaleza del texto bíblico. El autor afronta igualmente cuestiones como la especificidad propia de la arqueología, su historia, sus dificultades y su desarrollo en Tierra Santa durante los siglos XIX y XX.

La segunda parte lleva por título “La Arqueología y la Biblia cara a cara. Los textos bíblicos a la luz de los hallazgos arqueológicos”. En ella, a lo largo de nueve capítulos plantea un estudio arqueológico de los principales yacimientos de Israel siguiendo la periodización de la historia sagrada. El 5 aborda el período del paleolítico al bronce antiguo (previo al patriarcal), analizando las relaciones de

las culturas mesopotámicas con Israel y cómo los textos de los doce primeros capítulos del Génesis pueden ilustrarse a partir de restos arqueológicos. Cuestiones como la posible existencia del paraíso, las evidencias de un posible diluvio o la relación entre la torre de Babel y los Zigurats mesopotámicos son tratados en sus páginas. En el capítulo 6 estudia el bronce medio (2000-1550 a. C.) en donde emplaza la época de los patriarcas. Esta etapa le sirve para exponer la cuestión de los caldeos, Mari, los hicsos y la verosimilitud de los relatos patriarcales. En el capítulo 7 aborda la historia del bronce reciente (1550-1200 a. C.) y la posible historicidad del éxodo a partir de restos arqueológicos. El capítulo 8 se adentra ya en el período del Hierro I (1200-1000 a. C.) con la cuestión de la entrada en la tierra, la distribución del territorio, la relevancia de emplazamientos como Silo y Siquén y aborda pueblos como los filisteos. En el 9 estudia el tiempo de la monarquía unida, bajo los reinados de David y Salomón, plantea la pregunta sobre su existencia y analiza los yacimientos de Hazor, Meguido y Guézer. Es también en esta unidad donde se pregunta por la existencia de la tumba del rey David, por las minas del rey Salomón o por la construcción del primer templo de Jerusalén. La historia de la monarquía dividida, el exilio y la época persa se afrontan en los capítulos 10 y 11. Es tiempo para estudiar cómo Israel es citado en distintas estelas, la historia de las diferentes invasiones de asirios y babilonios, la diáspora judía y los vestigios arqueológicos de la provincia persa de Yehud. El período griego y romano (del 332 a. C. al 135 d. C) se acomete en los capítulos 13 y 14 y en ellos se analizan la estela de Heliodoro, los hallazgos de Qumran, la excavación de Givati Parking Lot, el templo de Herodes, las ciudades en torno al lago de Galilea o Masada.

Cada uno de los capítulos concluye con una buena selección bibliográfica que el autor divide en “Para estar al día”, que son referencias de páginas web con información actualizada; “Tesoros en la red”, que son fuentes antiguas que pueden ser consultadas y con una selección bibliográfica actualizada. Todas estas fuentes son, sin duda, de gran ayuda para el lector.

La lectura de esta obra no puede dejar indiferente. Bajo una supuesta obra de divulgación se halla un estudio completo de la situación de la arqueología en Israel, sus principales yacimientos, las polémicas surgidas en los distintos períodos, una introducción a la historia de Israel, una síntesis de sus principales acontecimientos, un elenco de los principales arqueólogos que han trabajado en Tierra Santa, una reseña de grandes hitos de la arqueología, una guía de interpretación de los textos bíblicos y muchas otras cosas más. La habilidad del autor radica, sin duda, en ser capaz de articularlas todas de un modo dinámico, incitando a no dejar nunca la lectura.

La anécdota se entrelaza con el apunte técnico, la leyenda con el dato histórico, lo bíblico con lo histórico y arqueológico, lo imaginado con el vestigio palpable y la polémica con las distintas soluciones. La explicación se combina con las fuentes directas tomadas de diarios, reseñas, cuadernos de exploración o libros y manuales de arqueología, biblia o historia que dan una pluralidad de voces y tonalidades al conjunto y que ilustran bien la complejidad de todo el trabajo arqueológico. Todo ello se completa con un conjunto de imágenes, muchas de ellas inéditas, solicitadas a distintos arqueólogos y tomadas de sus archivos personales que, aunque no siempre son del tamaño o resolución deseadas, permiten al lector ir poniendo rostro a los arqueólogos y arqueólogas, a las piezas que han ido marcando el ritmo de la arqueología e historia bíblicas y a algunos de sus principales yacimientos.

Desde el punto de vista bíblico hay, sin embargo, elementos, que, aunque muy bien planteados, pueden suscitar críticas. El primero, la opción de la cronología y la secuencia de la historia sagrada para el estudio y división de toda la segunda parte. El autor utiliza la secuencia bíblica como criterio de ordenación de su obra y sigue una cronología tradicional enormemente discutida (cuando no descartada) en la actualidad. Aunque explica la naturaleza literaria y salvífica de los textos, en el desarrollo de los distintos capítulos parece primar un interés “probatorio” o al menos ilustrativo de los diferentes acontecimientos. Si bien es cierto que en el subtítulo se habla de presentar “los textos bíblicos a la luz de los hallazgos arqueológicos” ello no implica necesariamente seguir la secuencia canónica.

Al lector especializado también le sorprenden en ocasiones el modo de utilizar la bibliografía y citas en el cuerpo del texto que articulan obras especializadas, cuadernos personales o combinan fuentes antiguas y contemporáneas sin un criterio claro o sin cuestionar, por ejemplo, la forma de comprensión de la historia de un determinado autor o sin contextualizar sus afirmaciones en un tiempo concreto en el que la interpretación de los textos, la arqueología y la historia son distintos al actual.

Otro elemento discutible es la opción que el autor toma por hablar de “arqueología bíblica”, aunque, tal y como él indica ninguna, como la de “sirio-palestinense”, es del todo precisa y cualquier apelativo a esta zona y los trabajos en ella va a ir siempre acompañado de sesgos religiosos, políticos y sociales.

Como cuestión menor podría mencionarse que, aunque se indican algunos de los motivos por los que los estudios en este territorio han sido siempre de gran interés, se echa en falta una pequeña

referencia a todos los viajes anteriores al desarrollo de la primera arqueología decimonónica. También en ese siglo XIX, la explicitación de la importancia del orientalismo y la fascinación que tiene Europa por oriente como detonantes para ese desarrollo arqueológico.

Esta obra es altamente recomendable por la selección de los temas, el uso de fuentes contextuales y la agilidad con la que está redactada. No siendo una obra con un formato técnico constituye, sin duda, una obra de referencia obligada no solo para curiosos en la antigüedad del territorio cananeo o de los textos bíblicos, sino también para estudiantes de historia de Israel y de arqueología bíblica. Hay testimonios de arqueólogos y polémicas que únicamente pueden encontrarse ahí reunidas. Es un excelente compendio que visibiliza no solo la evolución de la arqueología en Israel, sino que, al mismo tiempo, permite conocer características de la literatura bíblica y también la compleja y fructífera relación entre Biblia y Arqueología. Hacerlo, además, adentrándose en las polémicas entre los estudiosos de este territorio, en sus hallazgos, en sus aventuras y sobre todo en su deseo insaciable por conocer la antigüedad del territorio en el que vieron la luz las grandes historias de la Biblia resulta enormemente atractivo.

Carmen Yebra Rovira

Mija Wi, *The Path to Salvation in Luke's Gospel. What Must We Do?* (Library of New Testament Studies 607), London - New York 2019, 223 p.

Estamos ante la publicación de una tesis doctoral defendida en la *University of Manchester* en el 2017. La autora es *lecturer in Biblical Studies and Global Mission* en el *Nazarene Theological College, UK*. Es un libro relativamente breve (tendencia de las tesis doctorales actuales), y está organizado de la siguiente manera: un índice del contenido (v-viii); una lista de tablas (ix); una página de reconocimientos; lista de abreviaturas (xi-xiv) y diez capítulos distribuidos en dos partes (1-177); una buena bibliografía (179-197) y al final, como ya es costumbre, un índice de autores, temas, fuentes y citas utilizadas (198-223).

En el capítulo 1 (*Introduction*), la autora presenta la justificación de la tesis, ofrece una definición de “pobre” y “rico” junto a un *excursus* sobre las escalas de pobreza (PS); explicita brevemente el método aplicado, que es una combinación del análisis narrativo con

Salmanticensis 68 (2021)

el estudio del contexto socioeconómico del Evangelio de Lucas (que la autora considera que forma parte del método histórico-crítico). Ofrece una breve consideración sobre la relación entre Evangelio de Lucas y Hechos. La introducción se cierra con la descripción de la organización de la tesis (pp. 1-20).

La primera parte consta de dos capítulos dedicados al contexto socioeconómico del Evangelio de Lucas. El capítulo 2 (*Wealth: Land, Tax, Debt*) y el capítulo 3 (*Life Essentials: Food and Clothing*).

La segunda parte está conformada por seis capítulos en los que se estudian diversos aspectos de la salvación del pobre y del rico, respectivamente. El capítulo 4 (*Salvation in the Gospel of Luke*) es un estudio de los diferentes aspectos de la salvación según Lucas, a saber: salvación como misericordia, como liberación, como inversión escatológica, como arrepentimiento y como restauración. El capítulo 5 (*Salvation of the Poor*) es un análisis de cuatro textos lucanos (4,18-19; 7,22; 7,11-17; 16,19-31) para mostrar que Lucas entiende la salvación del pobre como un acto de misericordia divina y justicia. En los siguientes tres capítulos, la autora desarrolla la interpretación de la pregunta hecha por la gente a Juan Bautista: *¿qué debemos hacer?* Lo convierte en el hilo conductor de los siguientes capítulos: 6, 7 y 8 (*What Must We Do? Human Embodiment of Divine Mercy I, II, III*). En ellos, la A. ofrece un análisis de varios textos que ilustran cómo se encarna la misericordia divina en gestos y acciones concretas. En el capítulo 6 estudia el texto de Lc 3,1-20. En el 7, estudia dos textos (Lc 10,25-37 y 18,18-30) para mostrar la relación entre la Ley, la misericordia, la limosna y la vida eterna. En el capítulo 8 estudia otros dos textos (Lc 12,16-21 y 16,1-9) para abordar el tema del apropiado uso de la riqueza y el valor redentor de la limosna. Finalmente dedica un último capítulo a la salvación del rico (*Salvation of the Rich: Restored People of God*), en el cual estudia el texto de Lc 14,1-24. Parte del motivo del banquete mesiánico en la tradición apocalíptica judía, y después lo analiza en el contexto de la narrativa lucana, prestando especial atención a tres textos: 13,22-30; 15,1-32 y 16,19-31, que funcionan como el marco de la parábola del gran banquete (14,1-24).

El capítulo 10 es la conclusión del estudio en el que la autora presenta un sumario del camino recorrido, las contribuciones hechas a los estudios lucanos, las limitaciones y los futuros estudios. Por último, ofrece un punto que considero no menos importante: las implicaciones de su estudio para el mundo actual. No siempre los y las estudiosas se animan a tomar “partido” y reflexionar, atreverse a pensar y proponer las posibles consecuencias o implicaciones del estudio llevado a cabo.

En el capítulo 1, aborda en forma muy resumida la historia de la investigación de los ricos y pobres en Lucas; quizá se deba a una selección de los autores y las posturas consideradas más relevantes, aunque no se explicita tal elección. No obstante, al final ofrece un sumario de cuatro puntos, que considero valiosos, donde recoge los resultados de los estudios lucanos. Me detengo en el primero de ellos porque creo que es una acertada observación: la constatación de que la lectura religiosa y literaria del “pobre y rico” en Lucas ha subrayado *indebidamente* la apertura espiritual de עניים, por un lado; mientras que, por el otro, subestimaba su contexto socioeconómico (p. 7). La importancia del contexto socioeconómico para comprender mejor el tema en el EvLc no ha sido suficientemente puesta en valor hasta ahora; existen estudios muy interesantes que lo hacen (Malina, Theissen, Esler, Moxnes), pero parece ser que aun persiste una cierta “reticencia” para tomarse en serio el aporte de las ciencias sociales en este campo, el cual va más allá del clásico *Sitz im Leben*.

En la definición que ofrece la A. sobre “pobre” y “rico”, en mi opinión, es insuficiente. Dedicar más párrafos para explicitar la definición de “pobre” y tener en cuenta criterios socioeconómicos (comida, ropa, tierras, dinero y bienes), pero cuando explicita la definición de “rico”, solamente recoge *grosso modo* la “caracterización narrativa” más destacada que se encuentra en el Evangelio, la cual, recoge los criterios socioeconómicos mencionados antes. Hubiera sido interesante profundizar en la definición del rico y preguntarse qué entendía el auditorio de Lucas sobre el mismo, ampliando así el campo de comprensión, el cual va más allá de lo meramente económico.

El capítulo 2 presenta el resultado de los estudios sobre la riqueza en la Palestina romana (sic) teniendo en cuenta tres criterios: tierra, impuesto y deuda. Igualmente, el capítulo 3 aborda el tema de las necesidades esenciales para la vida: comida y ropa. Ambos capítulos son importantes, interesantes y ofrecen información suficiente para comprender mejor aquel contexto histórico y recoge los estudios más recientes. Pero, como ya es habitual en los estudios lucanos, la A. se detiene solo en el contexto “originario” de la época de Jesús y sus discípulos, pero no tiene en cuenta el contexto histórico y socioeconómico del auditorio de Lucas, que con toda probabilidad, pertenecen a otra generación, otros lugares y otras problemáticas.

Un punto que considero novedoso en el estudio es el haber planteado la cuestión de la “bienaventuranza del rico” en el Evangelio (pp. 164-173). Lucas no es hostil a los ricos, ni mucho menos los condena, al contrario, cree en la salvación de ellos. Pienso que este tema requiere de más investigaciones y se agradece que la A. haya abierto, y/o continuado por este sendero poco estudiado.

Finalmente, las conclusiones y los aportes que ofrece el estudio junto a las implicaciones para el mundo actual son de gran valor y muestran una sensibilidad y un compromiso con la realidad histórica de los pobres y ricos. Reitero mi congratulación por ello. Me parece que la pregunta que es el hilo conductor del libro, *¿qué debemos hacer?*, es interpelante y seguirá requiriendo de respuestas más profundas y plurales de parte de los seguidores de Jesús.

Edgar A. Toledo Ledezma